

Rumia bien estas especies antes que pasemos à otra leccion, que se reducirá á darte à conocer como *la naturaleza nos hace observar los objetos sensibles para darnos ideas de diferentes especies.*

LECCION V.

Hijo. Ya he rumiado bien las lecciones anteriores; me parece que las he llegado à comprender; en este supuesto empiece vd., si gusta, por la que nos debe ocupar esta tarde.

P. Ten presente que no podemos pasar sino de lo conocido á lo desconocido.

H. Esto ya lo sè muy bien; pues no hay operacion ninguna en la àlgebra, que no me lo haya manifestado.

P. Tienes mucha razon; pero aunque el principio que te he insinuado es muy general en la teoria, verás que se ignora de tal modo en la práctica, que al parecer solo està reservado para los que no han estudiado. ¿De qué medios se valen estos cuando pretenden hacerse comprender una cosa incognita?...: se valen de la comparacion de otra que ya conoces; y si acontece alguna vez que no son felices en la eleccion de las comparaciones, à lo menos hacen ver que comprenden quanto necesitan para darse à entender; pero no sucede así à muchos que se llaman sabios, los cuales se olvidan voluntariamente de pasar de lo conocido à lo desconocido, cuando se proponen instruir à otro en alguna cosa; y se-

guramente esto es reprehensible, pues el que pretenda hacerme concebir ideas que no tengo, es preciso se valga de las que tengo, pues en efecto, todos nuestros conocimientos adquiridos nos han venido por los sentidos, y por el mismo conducto adquiriremos los que tendremos en lo sucesivo, de donde se sigue, que los que son actualmente mas sabios que nosotros han sido en otro tiempo tan ignorantes como lo somos en el dia: con que si se instruyeron pasando de lo conocido à lo desconocido, ¿por qué no hemos de lograr lo mismo siguiendo el mismo rumbo?... y si cada conocimiento que adquirimos nos prepara para hacer otro, ¿por qué no podremos ir mediante una serie de análisis de conocimiento en conocimiento? En una palabra, ¿por qué no hemos de encontrar lo que ignoramos à favor de las sensaciones, siéndonos estas comunes, como lo encontraron en ellas algunos de los sabios, los cuales no dejarían de hacernos descubrir quanto han descubierto, si supiesen siempre distinguir el modo con que se han instruido: pero lo ignoran porque es una cosa, que observaron mal, ó por mejor decir, que apenas ni la mayor parte han pensado en ella. Es incontrastable, que si se han instruido, ha sido porque han hecho análisis y buenos análisis, pero no lo percibían: pues la naturaleza es quien lo hacia en ellos, y sin ellos; con todo se complacían en creer que la aptitud de adquirir conocimientos era un don, un talento que no se comunica facilmente: así no debemos admirarnos de que nos cueste tanto tra-

bajo comprenderlos, siendo cierto que los que blasonan de talentos privilegiados, no son propios para sujetarse al alcance de las demas personas.

Como quiera que sea, todos estamos precisados à reconocer que no se puede pasar sino de lo conocido à lo incógnito.

H. Me hace fuerza lo que vd. me dice; pero veamos ¿què uso se puede hacer de esta asercion?

P. En nuestra niñez hemos adquirido ciertos conocimientos à favor de una serie de observaciones y de análisis: por consecuencia es necesario observar, analizar, y descubrir en quanto sea posible todo lo que contienen estos conocimientos, desde donde debemos comenzar, en caso de que continuemos nuestros estudios.

H. ¿A què se reducen estos conocimientos?

P. Estos conocimientos son una coleccion de ideas, que forman un sistema bien ordenado; esto es, una cadena de ideas exactas, en que el análisis ha establecido el órden que se observa entre las mismas cosas.

H. Pero si las ideas en vez de ser exactas son inexactas; si en vez de estar colocadas con órden en nuestras cabezas, están amontonadas à la ventura, ¿què nos sucederà?

P. Que nuestros conocimientos seràn imperfectos, ó por mejor decir, que no los tendremos; pues hablando con propiedad, no se les debe dar este nombre. Pero ninguno hay que deje de tener algun sistema de ideas exactas bien ordenadas; ya sea sobre materias de

especulacion, ó ya sobre cosas usuales, que tengan relacion con nuestras necesidades; y no es necesario mas. Asi es menester fundar sobre estas mismas ideas la instruccion de lo que se les quiera enseñar, y es evidente la necesidad que hay de hacerles comprender su origen y generacion, siempre que desde ellas se intente conducir las à otras. Ahora bien; si observamos el origen y la generacion de las ideas, las veremos nacer sucesivamente unas de otras; y si esta sucesion es conforme al modo con que las adquirimos, habremos hecho bien el análisis.

H. De lo que me dice vd. saco la consecuencia, que el órden del análisis es el mismo que el de la generacion de las ideas.

P. Tu consecuencia es muy justa; y supuesto que las ideas de los objetos sensibles no son en su origen, sino las sensaciones que los representan, segun convenimos en la leccion III, y que en la naturaleza no existen mas que individuos, podrias sacar ahora con facilidad otra nueva consecuencia.

H. Desde luego.... ya lo veo.... yo diria, que nuestras primeras ideas son individuales, ó ideas de tal ò tal objeto.

P. Precisamente es la consecuencia que yo esperaba.

H. Una vez que no hay en la naturaleza sino individuos, parece que cada uno de ellos debiera tener su nombre particular, y noto que al *avellano*, al *peral*, &c. se llama con un mismo nombre; esto es, *árbol*.

P. Si se hubiera dado à cada individuo su

nombre diferente, la multitud de nombres habria fatigado nuestra memoria, é introducido tal confusion, que nos hubiera sido imposible estudiar los objetos que se multiplican en todos los momentos á nuestra vista, y formarnos de ellos ideas distintas; por esto se han distribuido los individuos en diferentes clases, que se llaman *géneros y especies*.

H. Tenga vd. á bien de tomarse la molestia de explicarme qué es lo que deberé entender por géneros, y qué es lo que deberé entender por especies.

P. Con mil amores: se han puesto en la clase de *árbol* aquellas plantas, cuyo tronco se eleva hasta cierta altura, desde donde se dividen en una multitud de ramas, y forman con todas ellas una copa de mayor ó menor corpulencia, y á esta clase general es á lo que se ha llamado *género*. Habiéndose después observado que se diferencian los árboles, ya por la magnitud, ya por la estructura, ya por los frutos, se distinguieron otras clases subordinadas á la primera, que las comprende todas; y estas clases subordinadas son á las que se ha llamado *especies*. Así distribuimos en diferentes clases todas las cosas que pueden llegar á nuestro conocimiento, y mediante este auxilio, les asignamos á cada una un cierto lugar, y sabemos siempre donde encontrarlas. Olvidémonos por un instante de estas clases, é imaginemos que se hubiese dado á cada individuo un nombre diferente; en este caso, ya ves que todo seria una confusion y un desorden.

H. Me parece que es tan útil como razonable esa distribucion, y que debemos tributar un perpetuo agradecimiento á sus inventores.

P. No creas que es obra de algun sabio esta metódica distribucion.

H. ¿Pues de quien es?

P. De la naturaleza; esta es la que la hizo sin que nosotros lo hayamos percibido.

H. ¿Y de qué modo la hizo.

P. Examinemos lo que haria un niño, y quedarán desvanecidas tus dificultades. Este llamaria árbol, segun nuestra lengua, al primer árbol que le manifestásemos, y á este nombre tendria por el de un individuo, sin embargo, si se le enseñase otro, no se le ofreceria preguntar por su nombre, y le llamaria *árbol*, aplicando este nombre comun á dos individuos; le haria tambien comun á tres, á cuatro, y en fin á todas las plantas que le pareciesen que tenian alguna semejanza con los primeros árboles que vió: en una palabra, haria tan general este nombre, que llamaria árbol á todo lo que nosotros llamamos *plantas*, pues estaria inclinado naturalmente á generalizar; porque le seria mas cómodo servirse de un nombre que sabe, que aprender otro nuevo: así generalizaria sin haber formado el designio de generalizar, y sin conocer que generalizaba; por cuyo medio llegaria á ser general para él una idea individual.

H. Es muy verosimil el origen que atribuye vd. al método de generalizar las ideas; pero supongo que tendrá un término, del cual no será licito propasarse.

P. Es indubitable que tiene sus límites; así siempre que los propasamos, confundimos aquellas cosas que convendría distinguir, y el mismo niño de que te hablo lo experimentaría al instante, pues no diría, *yo generalicé demasiado; por consiguiente es necesario que distinga diferentes especies de árboles*; pero formaría sin designio y sin advertirlo clases subordinadas, del mismo modo que ha formado una clase general, dejándose conducir de sus necesidades. Por consiguiente, si le llevas a un jardín, y haces que coja y coma diversos frutos, verás que aprende prontamente a distinguirlos, y que les da los nombres de peral, almendro, manzano, cerezo, &c. ú otros que él inventará, y que al mismo tiempo distinguirá diferentes especies de árboles.

H. Me parece que ya estoy enterado en la teoría que me acaba vd. de explicar.

P. Me temo que el amor propio te ha inspirado esa confianza.

H. Será muy factible, pues no es la primera vez que me ha engañado; pero ya que nada se pierde en que hagamos un ensayo, me resuelvo á esponer á vd. las consecuencias que saco de ella, y vd. me las corregirá en caso de que yerre.

P. Está muy bien.

H. Digo pues que resulta de lo que me acaba vd. de decir, si no me equivoco, que comienzan nuestras ideas, siendo individuales para hacerse inmediatamente generales; y que si despues las distribuimos en diferentes clases, es porque conocemos la necesidad de distinguirlas.

P. No te ha engañado el amor propio: te confieso de buena fe que me has entendido: efectivamente nuestras necesidades son la causa de estas distribuciones ó clases, las que se multiplican mas ó menos; de modo que forman un sistema, cuyas partes se ligan naturalmente, porque todas nuestras necesidades se dan la mano: así nos van comunicando estas paulatinamente aquel discernimiento, que nos descubre ciertas diferencias, donde poco antes ni aun las habíamos notado; y llegamos á entender y perfeccionar este sistema, mientras que continuamos como la naturaleza nos hizo principiar.

H. Ahora veo cuanta razon ha tenido vd. para decirme que no era invencion de los sabios el método de clasificar nuestras ideas individuales.

P. Es innegable que aquellos lo han encontrado observando la naturaleza; pero si la hubieran observado mejor, habrían formado un sistema mas arreglado: mas como se imaginaron que eran sus inventores, lo trataron como si realmente fuese obra suya; introduciendo en él cosas arbitrarias y absurdas, y haciendo un abuso muy extraño de las ideas generales; habiendo querido la desgracia que hayamos creído que los que pasan por sabios son los que nos han enseñado un sistema, que habíamos aprendido de mejor maestro; de donde ha resultado que hemos confundido las lecciones de los filósofos con las de la naturaleza, y por consiguiente, que hemos raciocinado mal.

H. Como yo quisiera agotar lo que hay que saber en este asunto, me disimularé vd. le mortifique con preguntas y repreguntas.

P. No temas mortificarme: pregunta à diestro y siniestro, sin que te detenga el temor de preguntar una cosa ridicula. No se puede saber todo, y mucho menos en tu edad: yo tengo muchos mas años que tú, con todo estoy preguntando continuamente cosas que realmente no sé; y en cada momento tengo un motivo de conocer mi ignorancia, y de humillar mi amor propio.

H. Digame vd. pues, si gusta, cual es el artificio con que se forma el sistema que me ha insinuado.

P. Si reflexionas en lo que dejo dicho, verás que el formar una clase de ciertos objetos se reduce à designar con un mismo nombre todos los que juzgamos semejantes; y que cuando formamos dos, ó mas nombres de esta clase, no hacemos sino elegir nuevos nombres para distinguir los objetos que juzgamos diferentes, y que por medio de este artificio coordinamos nuestras ideas; pero ten entendido que este artificio no hace, ni puede hacer mas; y que nos engañariamos groseramente, si infriésemos que hay en la naturaleza especies y géneros, porque los hay en nuestro modo de concebir: pues no siendo propiamente generales los nombres de cosa alguna existente, se hace forzoso que espresen solamente las miradas del alma, cuando consideramos las cosas bajo las relaciones que tienen de semejanza, ó de diferencia; así no hay árbol en

general; manzana en general; peral en general, sino individuos; por consiguiente no hay en la naturaleza, ni géneros ni especies.

H. Eso es muy sencillo.. eso se comprende con facilidad.

P. A la verdad es muy sencillo; pero frecuentemente se ignoran las cosas mas simples, ya porque su misma simplicidad hace omitir su esplicacion, y ya porque nos desdeñamos de observarlas, y ve aquí una de las principales causas de nuestros malos raciocinios, y de nuestros errores. Para que estos sean en menor número, ten presente, que no distinguimos las clases segun la naturaleza de las cosas, sino segun nuestro modo de concebir, que en los principios, alucinándonos las semejanzas que tienen entre sí las cosas, somos como un niño, que toma todas las plantas por árboles; pero que la necesidad de observar desenvuelve con el tiempo nuestro discernimiento; y que como notamos entonces las diferencias, formamos nuevas clases, las cuales se pueden multiplicar en razon de lo que se perfecciona nuestro discernimiento; mas como no hay dos individuos que no se diferencien en algo, es evidente que se pueden hacer tantas clases como individuos, si por cada diferencia que se encuentra se quiere formar una nueva clase: es cierto que en este caso no habria orden en nuestras ideas, porque se derramaria en nuestras cabezas la confusion en lugar de la luz que se esparce, cuando generalizamos con método.

H. He preguntado á vd., hace poco, si tenia sus limites el método de generalizar. Vd. me ha dicho que sí, y que siempre que lo propasamos, confundimos las cosas: supuesto pues que hay un término, en el que es necesario fijarse, sirvase vd. de decirme hasta qué punto debemos multiplicar los géneros y las especies.

P. Te respondo, ó por mejor decir, te responderá la naturaleza, que hasta que tengamos bastantes clases para poder dirigirnos en el uso de las cosas relativas a nuestras necesidades. La exactitud de esta respuesta es palpable, ya porque estas son las que nos determinan a formar diversas clases, y ya porque no pensamos en dar nombres a aquellas cosas de que no necesitamos. Este es el modo con que naturalmente se conducen los hombres: es verdad que cuando se apartan de la naturaleza, como se hacen malos filósofos, creen que pueden esplicarlo todo a fuerza de distinciones, tan sutiles como inútiles; pero lo cierto es que no hacen sino confundirlo todo.

H. ¿Supongo que no tendré embarazo alguno en el arte de formar clases, ya que sé hasta qué punto debo multiplicar los géneros y especies?

P. Podrá suceder que alguna vez te confundas: por ejemplo, un árbol, y un arbusto son dos especies muy distintas: mas como un árbol puede ser menor que otro, y por el contrario un arbusto mayor que otro de su especie, es preciso llegar a una planta, que ni sea árbol ni arbusto, ó que sea juntamente uno

y otro; esto es, que no se sepa en qué especie colocarla, lo que te podría sorprender y confundir; pero este inconveniente no debe detenerte: pues preguntar si la planta es árbol ó arbusto, no quiere decir otra cosa, sino si la hemos de llamar, ó no, con uno de estos dos nombres. Ya ves que importa poco que se la designe de un modo ó de otro, y que lo conveniente es que nos sea útil, en cuyo caso nos serviremos de ella, y la llamaremos *planta*, con lo que cortaremos unas cuestiones, que no se agitarían ciertamente, si no se supusiera que hay géneros y especies en la naturaleza, así como los hay en nuestra alma.

H. ¿Tiene vd. que prevenirme alguna otra cosa sobre este asunto?

P. Tengo que hacerte observar hasta donde se estienden nuestros conocimientos, cuando formamos clases de las cosas que estudiamos: para esto convendrá tengas presente, que siendo nuestras sensaciones las únicas ideas que tenemos de los objetos sensibles, no podemos ver en ellos sino lo que las ideas representan: que mas allá nada vemos; y que por consiguiente nada podemos conocer: así no se puede responder a los que preguntan ¿cuál es el sugeto de las cualidades del cuerpo? ¿cuál es su esencia? ¿cuál es su naturaleza? pues no vemos estos sugetos, estas esencias, ni esta naturaleza, y sería tan quimérico intentar su manifestacion, como empeñarse en que los ciegos viesen los colores.

H. ¿Con que las palabras que vd. me ha dicho son únicamente un azotamiento, ó colision del aire, pues estan vacias de sentido?

P. No por cierto: es verdad que no tenemos ideas de ellas; pero sin embargo nos dan a entender que encierran alguna cosa que no conocemos.

H. Analicemoslas pues, y llegaremos así a descubrirlas.

P. En vano las analizaremos, pues hay cosas que no se pueden analizar; y por esta razón las vemos confusamente. No te olvides de que el análisis no nos da ideas exactas, sino en cuanto no nos hace ver en las cosas más de lo que se ve, y de que es preciso acostumbrarnos á no ver más de lo que vemos, lo que no es fácil al común de los hombres, ni aun al común de los filósofos; antes bien, a proporción de la ignorancia de que están revestidas las personas, crece su impaciencia de juzgar, creyendo que lo saben todo antes de haber observado cosa alguna, como si el conocimiento de la naturaleza fuese una especie de adivinación, que se pudiera hacer solo con palabras.

H. De lo que vd. me ha dicho en las lecciones que preceden ¿no debiera sacar la consecuencia, que son exactas las ideas que se adquieren por el análisis?...¿pues cómo hace vd. ahora manco a semejante método?

P. Tu consecuencia sería muy justa; pero debes hacer una distinción entre las ideas exactas y las ideas completas. Las que se adquieren por medio del análisis son exactas, mas no son completas, ni pueden serlo jamás siendo sensibles los objetos que nos representan, en cuyo caso no descubrimos sino algu-

nas cualidades; pero no podemos conocerlas sino en parte.

H. ¿Si no son completas las ideas que adquirimos, cuando son sensibles los objetos que nos representan, será necesario mudemos de método para comprender las cosas que no tocan los sentidos?

P. No por cierto, todos nuestros estudios los debemos hacer siguiendo el mismo método; y este será el análisis: así estudiaremos cada objeto del mismo modo que supusimos se debía hacer el de la campiña, pues hay en cada uno de ellos, como en aquella, cosas principales, a las que deben referirse todas las demas: en este supuesto, el que quiera formarse ideas distintas y metódicas de los objetos que pretende examinar, es menester que abrace este orden. Por ejemplo, todos los fenómenos de la naturaleza suponen estension y movimiento: así siempre que intentemos estudiar algunos de ellos, habremos de mirar al movimiento, y a la estension como las principales cualidades del cuerpo, según lo verá en otra lección, en que te hablaré de las ideas de las cosas que no tocan los sentidos, siguiendo siempre el mismo orden; pues estudiar ciencias diferentes no quiere decir cambiar método; sino aplicarle a objetos diversos: en una palabra, es rehacer lo que ya se ha hecho; y lo importantísimo es, hacerlo bien una vez, para saberlo hacer siempre.

LECCION VI

Hijo. Vd. dice que hemos de estudiar cada objeto del propio modo que supusimos se debía examinar la campiña dominada de una quinta; y esto se me figura muy difícil, en lo concerniente à las ideas de las cosas que no tocan nuestros sentidos

P. Aquieta tu imaginacion, en la seguridad de que tendrás el gusto de quedar enteramente satisfecho.

Quando observamos los objetos sensibles, nos elevamos naturalmente al conocimiento de los que no tocan nuestros sentidos; porque los efectos que advertimos nos conducen à juzgar de las causas que no vemos. Por ejemplo, el movimiento de un cuerpo es un efecto, luego tiene una causa: y supuesto que esta causa existe, à pesar de que no me la haga percibir ninguno de mis sentidos, la llamarè *fuera*.

H. Pero este nombre no le presta à vd. ningun conocimiento; asi yo diria, que no sabia vd. mas de lo que sabia antes: esto es, que el movimiento es una causa que se oculta à vd.

P. Con todo, puedo hablar de ella, y juzgarla mayor ó menor, atendiendo a su mayor ó menor movimiento, y en algun modo medirla, midiendo el movimiento, que se hace en un espacio y tiempo; mas aunque llego à conocer el espacio reparando

en los objetos sensibles que le rodean, y à percibir la duracion en la sucesion de mis ideas, ò de mis sensaciones, sin embargo, nada veo de absoluto en el espacio ni en el tiempo.

H. ¿Y por què razon?

P. Porque los sentidos no pudiendo descifrar lo que son las cosas en si mismas, no me manifiestan sino alguna de las relaciones que tienen entre si y algunas otras de las que tienen conmigo. Por consiguiente, si mido el espacio, el tiempo, el movimiento y la fuerza que los produce, es porque los resultados de mis medidas no son mas que relaciones.

H. ¿Luego buscar relaciones, ó medir, viene à ser lo mismo?

P. Seguramente.

H. ¡Lo que es no reflexionar! yo creia que teniamos ideas de todas aquellas cosas à quienes dabamos nombres, y la palabra *fuera*, me prueba sin dejarme replicar, que prodigamos nombres sin tener ideas de las cosas.

P. Me alegro que hayas salido de este error; es muy cierto que prodigamos los nombres sin tener ideas de las cosas; mas la palabra *fuera*, y todas las demas de su clase, no se pueden tachar justamente, pues estamos seguros de su existencia, aunque carecemos de su idea; pero hay otras muchas, que no sirven sino para perpetuar nuestra ignorancia, y fortificar nuestro orgullo, que no significando nada, las proferimos con mucha satisfaccion, para responder a todas las dificultades; y de estas debes huir como de una enfermedad contagiosa.

H. Si que huiré, pues deseo decir cosas, y no palabras; lo demas es querer perder el tiempo, y alucinar al que nos arguye, lo que es muy mal modo de descubrir la verdad. Perdóne vd. que le haya interrumpido, y tenga a bien hacerme la gracia de continuar con el hilo de sus ideas.

P. El movimiento pues que he considerado como un efecto, le tengo por una causa: luego que observo que se halla en todas partes, y que produce, ó que concurre á producir todos los fenómenos de la naturaleza: en cuyo caso puedo, á favor de la observacion de las leyes del movimiento, estudiar el universo, como supusimos se debía estudiar una campaña desde una ventana; pero sin embargo de que todo sea sensible en el universo, no lo vemos todo; y no obstante de que el arte se presta al socorro de los sentidos, siempre son estos muy endebles: con todo, si observamos bien, descubriremos ciertos fenómenos, cuyas causas y efectos conducen a formar un sistema, que puede ofrecer ideas exactas sobre algunas partes del gran todo: por este medio han hecho descubrimientos los filósofos modernos, que se hubieran tenido por imposibles en los siglos anteriores, y aun podemos prometernos que se hagan otros.

H. Dígame vd; así como hemos juzgado que tiene una causa el movimiento porque es un efecto, ¿no podríamos juzgar que el universo tiene igualmente la suya por ser él mismo un efecto?

P. Si por cierto: ¿y sabes cuál es esta causa?

H. ¿Será Dios?

P. Si, Dios es.

H. ¿Pero sucederá con esta palabra lo mismo que con la de *fuerza*, de la que no tenemos idea ninguna?

P. No, hijo de mi alma: Es cierto que Dios no es un objeto que toca nuestros sentidos; pero este Hacedor del universo ha impreso su caracter de un modo tan perceptible en todas las cosas sensibles, que no podemos menos de verle en ellas, y de que nuestros sentidos nos remonten hasta él; pues si atendemos á que los fenómenos nacen unos de otros como una serie de efectos y causas, es imposible que dejemos de descubrir una causa primera; por consiguiente en la idea de esta causa primera empieza la idea que me formo de Dios.

H. Tiene vd. mucha razon.

P. Ahora bien; si esta es la causa primera; no puede menos ya de ser independiente y necesaria, ya de existir siempre, ya de abrazar en su inmensidad y eternidad cuanto existe.

H. Eso es incontrastable.

P. Yo veo cierto orden en el universo, y observo que sobresale con particularidad en las partes que conozco mejor: al mismo tiempo noto que tengo inteligencia, y que si la he adquirido, es porque las ideas en mi alma son conformes al orden de las cosas exteriores; y supuesto que mi inteligencia no es mas que una copia debilísima de la inteligencia con que fueron ordenadas las cosas

que concibo, y que no concibo, concluiré, que la causa primera es inteligente; pues lo ha ordenado todo, por todas partes, y en todos los tiempos, y que su inteligencia, como su eternidad é inmensidad abraza todos los tiempos y lugares.

H. Son evidentes estas consecuencias.

P. Si es independiente la primera causa, podrá cuanto quiera; y siendo inteligente, querrá con conocimiento, y por consiguiente con eleccion; luego es libre. Como inteligente lo apreciará todo, como libre obrará consiguiente: de este modo, por las ideas que hemos formado de su inteligencia y de su libertad, nos formaremos la idea de su bondad, de su justicia, de su misericordia, en una palabra, de su providencia.

H. No puedo ponderar á vd. el gusto con que oigo una larga serie de verdades que nacen unas de otras, y que no dejan en el entendimiento la menor inquietud, ni la apariencia mas mínima de error: ¡Ah padre mio, qué idea tan maravillosa me ha hecho vd. formar de la divinidad! ¡Cuánto, cuanto lo celebrol!

P. Pues todo lo que te he dicho es muy poco, y no basta seguramente para formar una perfecta idea del *Ser supremo*; y como ésta no viene, ni puede venir sino de los sentidos, la iremos desenrollando paulatinamente, al paso que vayas comprendiendo mejor el orden que puso Dios en sus obras: ahora fija la atencion para comprender lo que te voy á decir sobre los hábitos y las acciones.

Al movimiento considerado como causa de algun efecto se llama accion: un cuerpo que se mueve, obra sobre el aire en que se abre camino, y sobre los cuerpos en que choca; pero en este caso no es sino la acción de un cuerpo inanimado. Igualmente corresponde al movimiento la acción de un cuerpo animado, el cual como es susceptible de diferentes movimientos, segun la diferencia de los órganos de que ha sido dotado, tiene tambien diversos modos de obrar, y cada especie tiene en su acción, así como en su organización, alguna cosa que le es propia.

H. ¿Por ventura, estan todas estas acciones bajo de la jurisdiccion de los sentidos?

P. Sí, y basta observarlas para formar una idea de ellas; con igual facilidad llegarás á conocer como adquiere y pierde los hábitos el cuerpo; consultando la propia experiencia, la cual te hará ver que lo que se ha repetido muchas veces se ejecuta sin tener que pensar en ello, y que al contrario cuesta cierta dificultad, lo que se ha dejado de hacer en algun tiempo.

H. Ya he oido decir varias veces, que para contraer un hábito, basta ejecutar y repetir una acción muchas veces, y que para perderlo basta abandonarlo.

P. Las acciones del alma son las que determinan las del cuerpo; y como se ven, se juzga con su auxilio de las que no se ven; así el que observa las acciones que ejecuta cuando desea ó teme alguna cosa, conocerá facilmente en los movimientos de los otros sus

deseos ò temores ; pues las acciones del cuerpo representan las del alma, y descubren algunas veces hasta sus mas secretos pensamientos.

H. Eso ya lo sè muy bien, pues varias veces he conocido á vd. en sus acciones que estaba enojado conmigo, lo que me era tan doloroso, que hubiera preferido cualquier otro castigo por mis faltas.

P. No extraño que lo conocieras ; pues hablaba el lenguaje de la naturaleza, el primero que tuvimos, y como tal, el mas verdadero y espresivo ; á su tiempo te harè ver, que por este modelo hemos aprendido à formar las lenguas ; ahora te manifestarè que las ideas morales estan sujetas à los sentidos.

H. Precisamente tuvieron ayer una disputa sobre este asunto Don N. y Don M.

P. ¿Y à qué se redujo?

H. Don N. le preguntaba à Don M. riéndose à carcajada tendida, ¿de qué color era la virtud? ¿si el vicio era encarnado ò azul?...

P. ¿Y cómo le contestó su amigo?

H. Lo tengo en la punta de la lengua, pero no sè decirlo.

P. Responderia que la virtud consiste en el hábito de las buenas acciones, como el vicio en el de las malas, y que estos hábitos y estas acciones eran visibles.

H. Si señor ; eso mismo respondió ; pero el otro le apretó, preguntándole, si los sentidos representan la moralidad de las acciones ; y el otro muy tranquilo le decia, ¿que por qué no habian de representarla? la razon en

que apoyaba su argumento tambien se me ha olvidado, pero vd. me sacará de este apuro, como antes.

P. Diria que podria representarla ; porque unicamente esta moralidad consiste en la conformidad de nuestras acciones con las leyes, y que las acciones son visibles, como que son convenciones que los hombres han hecho.

H. Parece que han estudiado vds. el mismo autor, pues asi contestaba Don M ; pero ultimamente le atacó con la dificultad de que las leyes serian arbitrarias si fuesen convenciones : no tengo que decir á vd. la respuesta que le dió ; pues preveo que la sabe mejor que yo.

P. Desde luego se me ofrece que diria, que puede haber algunas que son arbitrarias, y que quizás hay demasiadas ; pero que no son, ni pueden serlo de ningun modo, las que determinan si son buenas ó malas nuestras acciones : que es cierto que son convenciones hechas por nosotros ; pero con todo, que no las hemos formado solos.

H. Si señor, eso mismo contestó ; pero Don N. le preguntó quien era el que habia cooperado con los hombres ; y como no pudo responder porque le llamaron, vd. me harà el favor de satisfacer à este escrúpulo.

P. Pues yo te digo, que la naturaleza es ciertamente la que ha concurrido con nosotros, y que esta es la que nos las ha dictado, sin que hayamos tenido arbitrio de hacer otra cosa ; pues Dios que nos ha criado con tales y tales necesidades y facultades,

no las has prescrito; así obedecemos á nuestro verdadero y único Legislador, siguiendo unas leyes que son conformes á nuestra naturaleza: y esto es lo que perfecciona la moralidad de las acciones. Mas si por ser el hombre libre, se infiere que ejecuta frecuentemente acciones arbitrarias, será buena la consecuencia; pero si se cree que siempre lo son, se incidirá en un crasísimo error. Así como no está en nuestra mano tener necesidades, las cuales son una consecuencia de nuestra natural conformación, tampoco pende de nosotros estar obligados á ejecutar aquello á que nos determinan; y si no lo ejecutamos, al punto somos castigados.

Basta por esta tarde; esta lección ha sido un poco mas larga que las anteriores, la de mañana no será menor; pero como conozco tu aplicación, y deseos de aprender, me empeño en ellas, confiado en que las oyes con gusto, y que sacrificas contento un rato de holgueta por el gusto de instruirte, lo que conseguirás con mayor facilidad, no cortando el hilo de las ideas sino en su verdadero punto.

LECCION VII.

Hijo. Ya me ha manifestado vd. como la naturaleza nos enseña á hacer el análisis de los objetos sensibles, y como nos suministra por este camino ideas de todas especies, lo que me ha tranquilizado enteramente, segun

me lo prometió vd. al principio de la lección de ayer hablándome de las ideas de las cosas, que no tocan nuestros sentidos, y suponiendo se debían estudiar del mismo modo que examinamos la campiña consabida, lo que me parecia de una suma dificultad. Estoy enteramente satisfecho en esta parte; pero ahora necesito me enseñe vd. á conducir mi alma para estender la esfera de mis conocimientos.

P. Son muy justos tus deseos; pero antes te enseñaré á que la conozcas bien: para esto procuraremos descubrir todas las facultades que estan embebidas en la de pensar.

H. Sí padre, sí: eso me parece mejor.

P. Para desempeñar este objeto, y cualquier otro, no buscaremos un nuevo método; pues la análisis basta para todos, si sabemos emplearla: bajo de este supuesto, digo, que siendo el alma sola la que conoce, porque ella sola es la que siente, le pertenece unicamente hacer el análisis de todo cuanto conozco, mediante las sensaciones; pero como no puede aprender á conducirse, porque no se conoce á sí misma, ni sus facultades, es preciso estudiarla, para descubrir todas aquellas de que es capaz el alma: ¿pero donde las descubriremos sino en la facultad de sentir?.. Esta facultad envuelve ciertamente todas las que pueden llegar á nuestro conocimiento; pues si solo porque siente el alma, conocemos los objetos que están fuera de ella; ¿podremos acaso conocer de otro modo lo que pasa en ella, sino porque siente?... Intentemos pues hacer el análisis de la facultad de sentir.